



O

U

T

NATSUO KIRINO

«UNA OBRA MAESTRA»
JURADO DEL PREMIO DE
LA ASOCIACIÓN DE ESCRITORES
DE MISTERIO DE JAPÓN

«SENSACIONAL»
TIME OUT NY

«LA REINA JAPONESA DEL
CRIMEN»
INTERNATIONAL HERALD TRIBUNE

DESTINO

Out

Natsuo
Kirino

Traducción de
Albert Nolla Cabellos

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1639

Título original: *OUT*

© Natsuo Kirino, 1997

www.kirino-natsuo.com

© por la traducción del japonés, Albert Nolla Cabellos, 2007

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2024

ISBN: 978-84-233-6453-4

Depósito legal: B. 2.089-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Turno de noche

I

Llegó al parking antes de la hora acordada.

Al salir del coche, quedó envuelta por la densa y húmeda oscuridad del mes de julio. La noche era especialmente negra y sofocante, quizá a causa del calor. Al sentir que le faltaba aire para respirar, Masako Katori alzó los ojos y vio un cielo sin estrellas. Su piel, que había permanecido fresca y seca gracias al aire acondicionado del coche, empezó a humedecerse por el sudor.

Junto con el humo de la autopista Shin Oume, le llegó un leve olor a fritura procedente de la fábrica de comida preparada donde trabajaba.

«Quiero irme a casa», pensó al percibir el olor. Sin embargo, no sabía a qué casa quería irse. Por supuesto, no se refería a la que acababa de dejar. ¿Por qué no quería volver ahí? ¿Adónde quería ir? Se sentía completamente perdida.

Su trabajo consistía en permanecer de pie junto a una cinta transportadora, desde las doce de la noche hasta las cinco y media de la mañana, sin ni siquiera una pausa. Para ser un empleo por horas estaba bien pagado, pero era agotador. A menudo, cuando se sentía mal, se quedaba paralizada en el parking pensando en la dura tarea que le esperaba. No obstante, la sensación

de desamparo que la embargaba en esa ocasión era diferente.

Como era su costumbre, encendió un cigarrillo, pero por primera vez se dio cuenta de que lo hacía para camuflar el olor que le llegaba de la fábrica de comida.

La fábrica se encontraba en el distrito de Musashi Murayama, justo delante de una carretera colindante con el muro gris de una gran planta de automóviles. En la zona no había más que campos polvorientos y un sinfín de pequeños talleres automovilísticos. El terreno era llano, por lo que el cielo se veía con claridad. Entre el parking donde se encontraba Masako y la fábrica de comida había un trayecto de unos tres minutos a pie, en el que había que dejar atrás una antigua fábrica abandonada.

El parking era apenas una parcela con el piso nivelado. Las plazas de aparcamiento estaban delimitadas con unas tiras de cinta casi imperceptibles a causa del polvo que las cubría. Los coches particulares y las furgonetas que transportaban a los empleados estaban estacionados de forma aleatoria. Resultaba imposible saber si alguien se encontraba escondido detrás de algún vehículo o entre las hierbas. Era un lugar peligroso. Mientras cerraba el coche, Masako no dejó de mirar a su alrededor.

Oyó el ruido de unos neumáticos mordiendo el asfalto y, por unos instantes, la luz amarilla de unos faros iluminó la maleza. Un Golf Cabriolet verde y con la capota plegada entró en el parking. Su compañera Kuniko Jonouchi la saludó desde detrás del volante inclinándose levemente la cabeza.

—Siento llegar tarde —se disculpó Kuniko mientras aparcaba su Golf al lado del Corolla rojo desteñido de Masako sin prestar atención a la exagerada separación que quedaba a la derecha.

Puso el freno de mano y cerró la puerta haciendo un ruido innecesario. Sus gestos eran bruscos y exagerados.

—Bonito coche —comentó Masako al tiempo que apagaba el cigarrillo con la punta de su zapatilla.

El automóvil de Kuniko era la comidilla de la fábrica.

—Sí, ya... —repuso Kuniko sacando la lengua con coquetería—. Pero por su culpa estoy endeudada hasta las cejas.

Masako esbozó una sonrisa evasiva: era evidente que las deudas de Kuniko no solo se limitaban al coche. Todos los accesorios así como la ropa que vestía eran de marca.

—Vamos —dijo Kuniko.

Desde principios de año se rumoreaba que se había detectado la presencia de un violador en el camino que llevaba del parking a la fábrica. Hasta el momento, varias trabajadoras habían explicado que alguien les había empujado hacia la oscuridad y que habían sido víctimas de un ataque. Por ese motivo, la dirección de la empresa les había recomendado acudir en grupo al trabajo.

Masako y Kuniko echaron a andar por el camino sin asfaltar y mal iluminado. A la derecha había varios bloques de viviendas y casas de agricultores con amplios jardines que, pese a su desorden, constituía el único reducto de vida en la zona. A la izquierda, al otro lado de una zanja cubierta de hierbas, se extendía una triste retahíla de edificios abandonados entre los que se encontraban una antigua fábrica de comida preparada y una bolera que se había ido a pique. Las víctimas aseguraban que el agresor las había arrastrado hasta el descampado de la fábrica, por lo que Masako no dejaba de mirar a derecha y a izquierda mientras avanzaba a buen ritmo al lado de Kuniko.

Desde los bloques de pisos de la derecha les llegaron los gritos de un hombre y una mujer discutiendo en portugués. Debían de ser empleados de la fábrica. Además de las amas de casa como ellas, que trabajaban por horas, había muchos empleados brasileños o brasileños de ori-

gen japonés, entre los que se contaban muchos matrimonios.

—Todo el mundo dice que el perverso es brasileño —comentó Kuniko frunciendo el ceño en la oscuridad.

Masako caminaba en silencio. Daba igual de donde fuera, pensó. Mientras trabajaran en la fábrica, no habría manera de hacer frente a esa amargura. Solo les quedaba defenderse.

—Dicen que es muy corpulento y que te agarra con fuerza, sin decir una palabra —añadió Kuniko con cierto dejo de admiración.

Masako se dio cuenta de que algo enturbiaba el corazón de su compañera, como una densa nube que ocultara las estrellas.

Al oír el chirriar de los frenos de una bicicleta que se acercaba por detrás, se volvieron inquietas.

—¡Eh! ¡Buenas noches! —les saludó su compañera Yoshie Azuma.

Yoshie era viuda y rondaba los sesenta. Tenía unas manos muy hábiles que la convertían en la empleada más rápida de la cadena, lo que le había valido el sobrenombre de Maestra.

—Hola, Maestra —la saludó Masako aliviada—. Buenas noches.

Kuniko no la saludó, pero aminoró el paso para esperarla.

—No me llames así tú también —respondió Yoshie halagada mientras desmontaba de la bicicleta y se unía a sus compañeras.

Yoshie era una mujer baja y robusta. Su complexión, que recordaba a la de un cangrejo, parecía la más adecuada para desempeñar un trabajo físico. Sin embargo, tenía unas facciones delicadas, y su rostro flotaba pálido y atractivo en la luz de la madrugada. Quizá fuera ese contraste lo que le confería un aspecto compungido.

—Supongo que vais juntas por lo de los ataques —observó.

—Sí —dijo Masako—. Kuniko es demasiado joven.

Kuniko soltó una leve carcajada. Tenía veintinueve años. Yoshie esquivó un charco que brillaba en la oscuridad y miró a Masako.

—Creo que tú también le servirías —comentó—. Solo tienes cuarenta y tres, ¿no?

—No seas boba —respondió Masako reprimiendo una sonrisa; hacía tiempo que no se sentía tan agasajada.

—¿O sea que ya estás seca? —insistió Yoshie—. ¿Fría y seca?

Era evidente que su compañera bromeaba, pero Masako pensó que había acertado de pleno. En ese momento se sentía fría, seca y arrastrándose como un reptil.

—Por cierto —dijo cambiando de tema—, ¿no llegas más tarde que de costumbre?

—Pues sí. La abuela ha vuelto a hacer de las suyas —respondió Yoshie ambiguamente, señal evidente de que no tenía ganas de entrar en detalles sobre su suegra discapacitada.

Masako chascó la lengua, pero decidió no insistir y miró hacia delante. A la izquierda, justo donde acababan los edificios abandonados, empezaba la fila de camiones blancos que acudían a la fábrica para cargar el producto envasado y distribuirlo por los supermercados. Y detrás de los camiones, brillando con la luz azulada de los fluorescentes, se alzaba la fábrica, como si se tratara de uno de esos barrios que nunca duermen.

Después de que Yoshie dejara su bicicleta en el aparcamiento, las tres subieron la gastada escalera verde cubierta de hierba artificial que llevaba a la entrada de la fábrica, en el primer piso. Las oficinas se hallaban a la derecha, y al final del pasillo estaban el vestuario y la sala de descan-

so para los trabajadores. La fábrica ocupaba la planta baja, de modo que, después de ponerse la ropa de trabajo, debían bajar de nuevo.

Estaba prohibido ir con zapatos en las instalaciones, así que era obligatorio quitárselos antes de pisar la moqueta sintética roja que cubría el suelo. La luz fluorescente atenuaba el color de la moqueta y confería un aspecto tenebroso al pasillo. Al ver la pátina sombría que se reflejaba en los rostros de las mujeres que había a su alrededor, Masako se preguntó si también ella tendría tan mal aspecto.

Komada, el lacónico encargado de seguridad e higiene de la fábrica, les esperaba delante de los compartimentos donde se guardaba el calzado. Antes de entrar, les pasó un rodillo quitapelusas por la espalda para eliminar cualquier brizna de polvo o suciedad que pudieran traer del exterior.

Una vez superado el primer control, se dirigieron a la amplia sala con tatami habilitada como área de descanso, donde varios grupos de trabajadores charlaban animadamente. Todos llevaban puesto el uniforme blanco. La mayoría bebía té o comía algún tentempié mientras esperaban la hora de empezar el turno. Algunos estaban tendidos en el suelo, dormitando.

De los casi cien trabajadores que integraban el turno de noche, una tercera parte eran brasileños. La proporción de hombres y mujeres era bastante equilibrada. Como estaban en plenas vacaciones de verano, el número de estudiantes a tiempo parcial había aumentado, pero aun así la mayor parte de la plantilla la conformaban amas de casa de entre cuarenta y sesenta años.

Masako, Kuniko y Yoshie se dirigieron al vestuario, saludaron a algunas compañeras veteranas y vieron a Yayoi Yamamoto, sentada a solas en un rincón de la sala. Al verlas, ni siquiera les sonrió; permanecía hundida en el tatami, abstraída.

—Buenas noches —le dijo Masako. Yayoi esbozó una breve sonrisa que desapareció de inmediato, como una pompa de jabón—. Pareces cansada.

Yayoi asintió levemente y las miró sin decir nada. Era la más atractiva, no solo de las cuatro mujeres allí presentes, sino de todas las empleadas del turno de noche. Tenía una cara muy agraciada: la frente ancha, las cejas y los ojos bien proporcionados, la nariz respingona y los labios carnosos. A pesar de ser menuda, tenía un cuerpo perfecto. En la fábrica no dejaba a nadie indiferente, pues entre sus compañeras provocaba por igual reacciones de simpatía como de antipatía.

Masako intentaba protegerla, quizá porque eran como el día y la noche. Mientras ella procuraba guiarse por el sentido común, Yayoi cargaba con un pesado equipaje lleno de emociones y se aferraba a las penas pasadas, desempeñando a menudo el papel de chica mona a merced de sus súbitos cambios de humor.

—¿Qué te pasa? —se interesó Yoshie poniéndole una mano enrojecida en el hombro—. Estás horrible.

Yayoi dio un respingo. Sorprendida por su reacción, Yoshie se volvió hacia Masako, quien les indicó con un gesto que siguieran sin ella y se sentó frente a Yayoi.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí, no es nada.

—¿No te habrás vuelto a pelear con tu marido?

—Si solo fuera una pelea... —respondió Yayoi elocuentemente, con la mirada triste y desenfocada perdida en algún punto situado detrás de Masako.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Masako mientras se sujetaba el pelo con un pasador para ganar tiempo.

—Te lo cuento luego.

—¿Y por qué no ahora? —insistió Masako echando un vistazo al reloj de la pared.

—Luego. Es una historia muy larga —dijo Yayoi con una fugaz expresión de rabia en el rostro.

—De acuerdo.

Masako se levantó y se fue a buscar su uniforme al vestuario, apenas un espacio separado de la sala de descanso por una simple cortina. En las paredes colgaba un sinfín de perchas gruesas y resistentes, como las de los grandes almacenes. En la zona reservada a los trabajadores del turno de día se apretujaban los uniformes usados, mientras que en la reservada a los del turno de noche colgaba ropa de calle muy variopinta.

—Vamos bajando —le anunció Yoshie antes de salir del vestuario con Kuniko.

Ambas llevaban una red y un gorro en las manos. Tenían que fichar. Según las normas de la empresa, debían hacerlo entre las doce menos cuarto y las doce, y después esperar frente a la puerta de entrada a la cadena, en la planta baja.

Masako cogió la percha que le correspondía, donde colgaban una bata blanca con cremallera y unos pantalones con goma en la cintura. Se puso la bata rápidamente sobre la camiseta y, sin dejar de mirar a los hombres que había en la estancia, se cambió los vaqueros por los pantalones de trabajo. Hacía casi dos años que trabajaba en la fábrica, pero seguía sin acostumbrarse a que hombres y mujeres compartieran vestuario.

Se cubrió el pelo, previamente sujetado con un pasador, con una redecilla negra y se puso un gorro de papel, semejante a los de ducha. Finalmente, cogió un delantal de plástico transparente y salió del vestuario. Yayoi seguía sentada en el mismo lugar, como si no supiera adonde ir.

—¡Eh! ¡Rápido! —la espoleó Masako, que empezaba a preocuparse al ver la lentitud con la que Yayoi reaccionaba.

La mayoría de los trabajadores había abandonado la sala de descanso. Solo quedaban algunos brasileños

sentados en el tatami, apoyados en la pared, fumando, con sus gruesas piernas estiradas hacia delante.

—Buenas noches —dijo uno de ellos levantando la mano con la que sostenía un cigarrillo a punto de consumirse.

Masako inclinó levemente la cabeza y le sonrió. La placa que llevaba colgada en el pecho rezaba «Kazuo Miyamori». Sin embargo, su piel morena y su frente prominente delataban su origen extranjero. Debía de ocuparse de un trabajo más físico, como el de llevar los sacos de arroz hasta la máquina que abastecía la cadena.

—Buenas noches —dijo el hombre, esta vez a Yayoi, quien, en su actitud ausente, ni siquiera se volvió.

En el rostro de Kazuo se dibujó un gesto de decepción, un tipo de comportamiento bastante habitual en un lugar tan impersonal como la fábrica.

Después de ir al lavabo, Masako y Yayoi se lavaron las manos y los brazos para esterilizarlos. A continuación ficharon, se pusieron la máscara, el delantal y los zapatos blancos de trabajo y se encaminaron hacia el segundo control de higiene. Komada, esta vez situado en lo alto de la escalera que llevaba a la planta baja, les volvió a pasar el rodillo por la espalda y les inspeccionó los dedos y las uñas.

—No tenéis ninguna herida, ¿verdad? —les preguntó.

Estaba prohibido tocar los alimentos si tenían algún rasguño. Masako y Yayoi mantuvieron las manos en alto y superaron el control. Yayoi parecía mareada.

—¿Seguro que puedes trabajar?

—Supongo que sí.

—¿Y tus hijos?

—Bueno... —respondió Yayoi vagamente.

Masako volvió a mirar a su compañera, pero el gorro y la máscara solo le permitían ver sus ojos lánguidos. Yayoi no reparó en la mirada escrutadora de Masako.

El frío y el olor de los distintos ingredientes hacían

que bajar a la planta baja fuera como entrar en un gigantesco frigorífico. El suelo de hormigón desprendía un aire gélido, y la temperatura ambiente de la fábrica era demasiado baja, incluso en verano.

Al llegar al pie de la escalera, se unieron a la cola que formaban el resto de los empleados esperando a que se abriera la puerta. Yoshie y Kuniko, que estaban más adelante, se volvieron para saludarlas. Las cuatro trabajaban juntas e intentaban ayudarse las unas a las otras. Sin esa comunión, el trabajo hubiera sido insoportable.

Finalmente se abrió la puerta y los empleados pudieron acceder a la planta. Se lavaron de nuevo las manos y los antebrazos, y esterilizaron sus largos delantales. Masako tuvo que esperar a que Yayoi acabara de lavarse, de modo que cuando ambas llegaron a la cinta transportadora sus compañeras ya habían dispuesto cuanto necesitaban.

—¡Venga! ¡Venga! —apremió Yoshie a Masako—. Nakayama puede aparecer en cualquier momento.

Nakayama era el encargado del turno de noche. Tenía unos treinta años y una gran afición por las palabras malsonantes. Su obsesión por cumplir los cupos hacía que los empleados no pudieran verlo ni en pintura.

—Perdón —se disculpó Masako mientras cogía dos toallas esterilizadas y dos pares de guantes de plástico, para sí misma y para Yayoi.

Cuando Masako se los ofreció, Yayoi los miró extrañada, como si aún no se hubiera dado cuenta de que estaba en el trabajo.

—¡Ánimo! —le dijo Masako.

—Gracias.

En cuanto ocuparon sus puestos al comienzo de la cinta transportadora, Yoshie les mostró una hoja con las instrucciones para el turno que estaba a punto de empezar.

—Primero dos mil cajas de curry —les explicó Yo-

shie—. Tú pásame las cajas y yo me ocupo de poner el arroz, ¿de acuerdo?

Poner el arroz en la caja suponía mantenerse al principio de la cadena y encargarse del trabajo del que dependía el resto. Yoshie, acostumbrada a hacerlo, siempre se ofrecía voluntaria, mientras que Masako era quien le proporcionaba los envases.

Mientras disponía las cajas de la forma más conveniente para dárselas a Yoshie, Masako se giró en busca de Yayoi: no se había apresurado lo suficiente para ocupar un puesto en el trabajo más fácil, que en este caso era el de verter el curry sobre el arroz. Kuniko, que sí se había agenciado un buen puesto, se encogió de hombros, dando a entender que si Yayoi no espabilaba ella no estaba dispuesta a hacer más.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó Yoshie frunciendo el ceño—. ¿No se encuentra bien?

Masako se limitó a negar con la cabeza. Yayoi parecía ausente. Al comprobar que ya no quedaban plazas libres al lado de Kuniko, tuvo que dirigirse allí donde había que allanar el arroz, donde sí faltaban voluntarios.

—Te ha tocado lo más difícil —le dijo Masako cuando Yayoi pasó al lado de ella.

—Ya lo sé.

Nakayama se les acercó.

—¡Venga, rápido! —les gritó—. ¿Qué diablos estáis haciendo?

A pesar de que la expresión de su frente quedaba oculta bajo el borde del gorro, sus ojos diminutos brillaban amenazadores tras unas gafas de montura negra.

—¡El que faltaba! —exclamó Yoshie.

—Bocazas —musitó Masako molesta por el tono autoritario del encargado.

—Me han dicho que allane el arroz —dijo tímidamente una mujer de mediana edad que debía de ser nueva—, pero no sé cómo hacerlo.

—Quédate aquí y alisa el arroz que yo ponga en las cajas —le explicó Yoshie amablemente—. Después pásalas para que les viertan curry. La chica de enfrente hará lo mismo. Solo tienes que imitarla —añadió mientras señalaba a Yayoi, de pie al otro lado de la cinta.

Aun así, la mujer pareció no entender las instrucciones y miró a su alrededor con desconcierto.

Yoshie pulsó el interruptor y la cinta se puso en marcha con un sonido brusco. Masako se dio cuenta de que había puesto una marcha más rápida de lo habitual para no perder tiempo.

Masako empezó a pasar las cajas con mano experta a Yoshie, que las mantenía durante unos segundos debajo de la abertura por donde salían porciones cuadradas de arroz y, después de pesarlas, las dejaba sobre la cinta con un movimiento ágil.

Hasta completar una caja, a Yoshie le seguía una larga retahíla de empleados situados a ambos lados de la cinta: los que allanaban el arroz, los que vertían el curry, los que troceaban el pollo, los que ponían los trozos encima del curry, los que pesaban los encurtidos y los colocaban en la caja, los que la cubrían con una tapa de plástico, los que sujetaban la cuchara con una tira de celo y, finalmente, los que precintaban el envase terminado.

El trabajo empezó de la forma acostumbrada. Masako echó un vistazo al reloj de la pared: las doce y cinco. Les quedaban cinco horas y media de trabajo por delante, de pie sobre el frío hormigón. Si querían ir al lavabo, tenían que hacerlo de uno en uno y asegurarse de que alguien los sustituyera. Desde que se pedía el turno hasta que se concedía, podían pasar cerca de dos horas. Por eso habían descubierto que para hacer el trabajo más llevadero no bastaba con preocuparse de uno mismo, sino que había que colaborar con los compañeros. Este era el secreto para durar en el trabajo sin que la salud se resintiera.

Al cabo de una hora, escucharon los primeros lamen-

tos de la nueva empleada. Al poco tiempo empezó a bajar el rendimiento y el ritmo de la cadena dio las primeras muestras de ralentizarse. Masako vio que Yayoi, siempre dispuesta a ayudar, intentaba echar una mano. Solo le faltaba tener que ocuparse de la nueva.

Los empleados más veteranos sabían que la tarea de allanar el arroz era especialmente dura. Al tratarse de una masa fría y compacta, para dejarla lisa en pocos segundos era necesario hacer mucha fuerza con las muñecas y los dedos, de modo que era necesario adoptar una posición encorvada que acababa lastimando la espalda. Al cabo de una hora, el dolor se transmitía de la espalda a los hombros, hasta que al final era casi imposible levantar los brazos. Por eso lo habitual era que ese duro cometido recayera en los novatos. Yayoi, que a pesar de su experiencia realizaba la tarea más dura, trabajaba a destajo.

Cuando terminaron de llenar las dos mil cajas de curry, los empleados limpiaron la cinta y se dirigieron a la cinta transportadora contigua. El siguiente encargo consistía en rellenar dos mil cajas especiales. Como había que añadir más ingredientes que en las de curry, la cadena se completó con unos cuantos empleados brasileños ataviados con gorros azules.

Como de costumbre, Yoshie y Masako se ocuparon de poner el arroz. Kuniko, siempre atenta, se las había apañado para reservar una plaza a Yayoi en la tarea más fácil, mojar en salsa los filetes de cerdo. Solo había que coger un filete en cada mano, introducirlos en el caldero para que se impregnaran de salsa y meterlos en la caja, uniendo los lados impregnados. Era un buen trabajo, alejado del trasiego de la cadena, y perfecto para Yayoi. Masako se relajó y se concentró en su labor.

No obstante, cuando empezaron a limpiar la cinta, una vez finalizada la tarea, se oyó un gran estruendo. Los trabajadores se volvieron al unísono para ver qué había pa-

sado: Yayoi había tropezado con el caldero y se había caído al suelo. La tapa metálica había rodado hasta la cinta contigua, convirtiendo la zona de trabajo en un mar de espesa salsa marrón.

El suelo de la fábrica siempre estaba resbaladizo e impregnado de grasa y restos de comida, pero los empleados se habían acostumbrado a esas condiciones laborales y raramente se producían accidentes como ese.

—Pero ¿qué diantre has hecho? —gritó Nakayama con el rostro desencajado—. ¿Cómo puedes haber volcado el caldero?

—Lo siento —se excusó Yayoi mientras unos cuantos hombres acudían con fregonas—. Resbalé.

Yayoi estaba sentada en medio de un charco de salsa y no parecía tener la intención de moverse. Masako se acercó para ayudarla a incorporarse y, mientras la cogía por las muñecas, vio que su compañera tenía un gran morado en el estómago. Ese debía de ser el motivo de su distracción. La mancha destacaba sobre su blanca piel como una marca de Caín. Masako chascó la lengua y se apresuró a bajarle la bata.

Al no disponer de uniformes de recambio, Yayoi tuvo que seguir trabajando con la espalda y los brazos empapados en salsa. El espeso líquido se convirtió en una dura costra marrón que no llegó a traspasar la tela, aunque desprendía un fuerte olor.

Las cinco y media. Como habían terminado los encargos a tiempo, pudieron volver al primer piso sin necesidad de hacer horas extra. Después de cambiarse, Masako y sus tres amigas solían sacar unas bebidas de las máquinas y quedarse un rato charlando en la sala de descanso.

—Hoy estás muy rara —dijo Yoshie, que no sabía nada, mirando a Yayoi—. ¿Qué te pasa?

En el rostro de Yoshie se reflejaban el cansancio y la

edad. Yayoi bebió un sorbo de café del vaso de papel que tenía en las manos y, después de pensarlo un instante, respondió:

—Ayer me peleé con mi marido.

—¿Qué hay de raro en eso? A todo el mundo le pasa, ¿verdad? —dijo Yoshie sonriendo y buscando la complicidad de Kuniko, quien se puso un cigarrillo mentolado en la boca y entrecerró los ojos para mostrar su acuerdo.

—Pero si tu marido y tú os lleváis bien... —comentó—. Siempre salís con los niños, ¿no?

—Ya no —murmuró Yayoi.

Masako observaba en silencio el rostro de Yayoi. Al rato de estar sentadas, el cansancio se volvía tan intenso que les paralizaba la musculatura.

—La vida es muy larga —dijo Yoshie intentando quitar hierro al asunto—. Todas las parejas tienen altibajos.

—Ha gastado todos nuestros ahorros —añadió Yayoi en un tono más amargo—. ¡Estoy harta!

Al oír estas palabras, sus compañeras se quedaron pasmadas.

—¿En qué? —inquirió Masako al tiempo que expulsaba el humo del cigarrillo que acababa de encender.

—Jugando. Al bacará.

—Creía que tu marido era un tipo normal —dijo Yoshie incrédula—. ¿Por qué tendría que jugar?

—Y yo qué sé —respondió Yayoi negando con la cabeza—. Creo que va siempre al mismo sitio.

—¿Y cuánto teníais? —preguntó Kuniko sin disimular su curiosidad.

—Unos cinco millones* —respondió Yayoi en voz baja.

Kuniko tragó saliva y, durante un instante, incluso pareció estar celosa.

* Aproximadamente, treinta mil euros. Al cambio actual, un euro equivale a unos ciento sesenta yenes. (N. del t.)

—Menudo sinvergüenza —dijo finalmente.

—Y, para colmo, ayer me pegó —añadió Yayoi con la misma expresión de rabia que Masako había visto unas horas antes.

Entonces se levantó la camiseta y les enseñó el morado. Yoshie y Kuniko se miraron.

—A estas horas ya estará arrepentido —intervino Yoshie—. Mi marido y yo nos peleábamos a menudo. Era un bruto. Pero el tuyo es diferente, ¿no?

—No estoy tan segura —repuso Yayoi mientras se acariciaba el estómago por encima de la camiseta.

Afuera ya había amanecido. Parecía que el día iba a ser igual al anterior, húmedo y caluroso. Yoshie y Yayoi, que iban en bicicleta, se despidieron a la entrada de la fábrica; Masako y Kuniko se dirigieron al parking.

—Parece que este año no tendremos estación de lluvias —comentó Masako.

—Pues va a faltar agua —se quejó Kuniko mirando el cielo plomizo.

Su rostro estaba cubierto por una fina capa grasienta.

—A este paso, seguro.

—Por cierto, Masako, ¿qué crees que va a hacer Yayoi? —Masako se encogió de hombros—. Yo, en su lugar, me divorciaría —prosiguió Kuniko en medio de un bostezo—. Si mi marido se puliera todos nuestros ahorros, te aseguro que no me quedaría de brazos cruzados.

—Tienes razón —convino Masako.

Sin embargo, recordó que Yayoi tenía dos hijos pequeños, de cinco y tres años. Dar ese paso no era tan fácil. Al parecer, ella no era la única que no sabía qué camino tomar.

Masako y Kuniko llegaron al aparcamiento y abrieron la puerta de sus respectivos vehículos.

—Que descanses.

—Tú también.

Mientras subía a su Corolla, Masako pensó en lo extraño que era decir a alguien «que descanses» a primera hora de la mañana. De repente se sintió cansada y, al levantar la cabeza, el sol la deslumbró.

2

Kuniko giró la llave de contacto y el motor del Golf se puso en marcha a la primera, emitiendo un estruendo que resonó por todo el parking. Se alegró al comprobar que el coche funcionaba. El año anterior se había gastado más de doscientos mil yenes en reparaciones.

—Nos vemos —le dijo Masako haciendo un breve gesto con la mano justo antes de salir del aparcamiento.

Kuniko le correspondió con una inclinación de cabeza. Masako la incomodaba; cuando esta se marchó, se permitió relajarse un poco. Tras despedirse de sus compañeras, sentía como si cayera un espeso envoltorio que dejaba al descubierto su verdadero yo.

Kuniko vio que el Corolla de Masako se detenía en el semáforo emplazado a la salida del parking. Al observar las abolladuras de la parte trasera, pensó que hacía falta valor para conducir semejante cacharro. La pintura roja desteñida era un signo inequívoco de que llevaba más de cien mil kilómetros conducidos, y la pegatina a favor de la seguridad al volante era demasiado chillona. No había nada malo en tener un coche usado —su Golf lo era—, pero como mínimo había que mantenerlo en buen estado, decidió Kuniko. De lo contrario, era mejor pedir un préstamo y comprarse uno.

Kuniko creía que Masako no estaba mal para su

edad; además, había que reconocerle cierta elegancia natural, aunque sin duda debería prestar más atención a su aspecto.

Al subir al coche, puso una cinta de su compañero en el radiocasete y al instante empezó a sonar una voz femenina cantando con estridencia una melodía pop. Se abochornó y sacó la cinta de inmediato. A decir verdad, no le gustaba la música. La había puesto únicamente para sentir que por fin se había liberado del trabajo y para comprobar el perfecto funcionamiento de los accesorios.

Después de encarar hacia ella las salidas del aire acondicionado, replegó el techo de lona, que fue bajando lentamente, como si se tratase de una piel de serpiente. A Kuniko le encantaban los momentos en que las cosas más sencillas podían parecer dramáticas y extraordinarias. «Ojalá la vida fuera siempre así», pensó.

Con todo, sus pensamientos volvieron a Masako. Siempre vestía unos vaqueros gastados y camisetas y polos de su hijo. En invierno añadía una sudadera o un simple jersey a su indumentaria y, lo que era aún peor, una vieja parka con tiras de celo en los agujeros para evitar que salieran los plumones. Eso era el colmo.

La estampa de Masako le recordaba a la de un árbol en pleno invierno: la piel ligeramente oscura, el cuerpo delgado y sin excesos, la mirada penetrante, la nariz afilada y los labios finos. Solo con maquillarse un poco y vestir ropa más cara, como hacía ella misma, podría quitarse cinco o seis años de encima. Era una verdadera lástima. Los sentimientos de Kuniko hacia su compañera eran complicados, una mezcla de envidia y desprecio.

«Pero el verdadero problema —pensó Kuniko— es que yo soy fea. Fea y gorda.» Al mirarse en el retrovisor, tuvo una sensación de desamparo que le era muy familiar.

Su cara ancha y mofletuda contrastaba con unos ojos minúsculos. La nariz, prominente, destacaba encima de

una boca de piñón. «Nada está proporcionado —pensó—, y se nota aún más después de una noche de trabajo.» Sacó una toallita facial de su bolso Prada y se la pasó por el rostro.

Era consciente de que al ser una mujer sin cualidades especiales, y poco atractiva, no podía aspirar a un trabajo mejor. Por eso tenía que conformarse con su puesto en el turno de noche en la fábrica, lo que le producía estrés, lo que a su vez le hacía comer más. Y cuanto más comía, más engordaba.

De repente, furiosa contra el mundo, puso primera bruscamente, pisó el acelerador a fondo y soltó el pedal del freno. El Golf salió disparado del parking. Al ver en el retrovisor la nube de humo y polvo que dejaba detrás, se sintió satisfecha.

Cogió la autopista Shin Oume en dirección al centro de la ciudad, para desviarse a la derecha al cabo de unos minutos, a la altura de Kunitachi. Más allá del campo de perales que se extendía a su izquierda, vio el viejo bloque de apartamentos donde vivía.

No soportaba vivir allí. Sin embargo, con lo que ganaban ella y su compañero eso era lo máximo a lo que podían aspirar. «Ojalá fuera una mujer distinta, en un lugar distinto, llevando una vida distinta y viviendo con un hombre distinto», pensó. Por supuesto, distinto quería decir mejor, varios peldaños por encima en la escala social. A veces, Kuniko se preguntaba si era normal pensar tanto en esas cosas, si estaba bien soñar en mejorar.

Aparcó el Golf en su plaza de parking, al lado de los coches pequeños o de fabricación nacional que tenían el resto de los vecinos. Orgullosa de su modelo de importación, cerró dando un portazo. Si despertaba a alguien, mejor. Sin embargo, era consciente de que si ese alguien se quejaba no le quedaría más remedio que disculparse mansamente. Le gustara o no, tenía que seguir viviendo en ese lugar.

Subió al cuarto piso en el ascensor pintarrajeado de grafitos, avanzó por el pasillo lleno de triciclos y cajas de plástico y llegó a su apartamento. Al abrir la puerta y entrar en el piso oscuro, oyó un ronquido animal proveniente de la habitación; como ya estaba acostumbrada no le prestó mayor atención. Extendió el periódico que había encontrado en el buzón sobre la mesa de chapa, adquirida no hacía mucho en una tienda de oportunidades.

Ella se limitaba a consultar la programación televisiva, y a su compañero solo le interesaban las secciones de sociedad y deportes, de modo que a menudo se había planteado cancelar la suscripción. No obstante, necesitaba los clasificados. Cogió los relativos a «Relax» y los separó del periódico con la intención de echarles un vistazo más tarde.

En el piso hacía un calor sofocante. Puso en marcha el aire acondicionado y abrió la nevera. Con el hambre que tenía le sería imposible dormirse, pero no encontró nada que llevarse a la boca. Tetsuya se había comido la ensalada de patatas y las bolas de arroz que ella había comprado el día anterior.

Enojada, tiró de la lengüeta de una lata de cerveza con todas sus fuerzas y, mientras se la bebía, abrió una bolsa de *snacks* y puso la tele. Se quedó en un canal donde emitían un programa de cotilleo y esperó a que la cerveza le hiciera efecto mientras se ponía al día de los últimos escándalos de los famosos.

—¡Baja la tele! —gritó Tetsuya desde la habitación.

—¿Por qué? Ya tienes que levantarte.

—Aún me quedan diez minutos —respondió Tetsuya.

Algo salió volando de la habitación y chocó contra el brazo de Kuniko. Era un mechero barato. El punto en el que había recibido el impacto se enrojeció. Kuniko recogió el encendedor y se acercó a la cama donde yacía Tetsuya.

—¡Imbécil! —le espetó—. No sabes lo cansada que estoy, ¿verdad?

—No me agobies —respondió Tetsuya con los ojos abiertos y cara de asustado—. Yo también estoy cansado.

—¿Y eso te da derecho a tirarme lo que te venga en gana? —dijo Kuniko encendiendo el mechero delante de su cara.

—¡Para! —gritó él apartándolo con la mano.

El encendedor cayó rodando sobre el tatami, mientras Kuniko le golpeaba en la mano.

—Pero ¿qué te has creído? ¡Estoy harta! Mírame cuando te hable.

—Venga, no empieces.

—Eres un jeta. Te has comido mi ensalada, ¿verdad?

—No me hables así —dijo él frunciendo el ceño.

Tetsuya era más menudo y estaba más delgado que Kuniko. El año anterior, cuando por fin encontró un trabajo estable en un laboratorio farmacéutico, se había visto obligado a cortarse la melena, lo que realizaba su físico esmirriado. A Kuniko no le gustó el cambio. Cuando lo conoció, pululando por las calles de Shibuya, Tetsuya no era más listo pero sí más guapo. En esa época, Kuniko trabajaba en una sala recreativa de ese barrio. Era mucho más delgada y podía atraer fácilmente a un chico como Tetsuya, si bien las deudas que había contraído para comprarse ropa y complementos eran el principal motivo de que ahora vivieran con el agua al cuello.

—Te la has comido, ¿verdad? —insistió Kuniko, encaramándose a la cama e inmovilizándolo—. Confíesalo y pídeme perdón.

—¡Suéltame!

—Si confiesas te perdono.

—Me la he comido —admitió Tetsuya—. Lo siento. Pero es que no había otra cosa.

—Haberte comprado algo.

—Vale...

Cuando Tetsuya giró la cabeza, Kuniko le palpó la entrepierna, pero no encontró lo que buscaba.

—¡Menudo impotente! —exclamó—. Ya no se te pone tiesa ni por las mañanas.

—Déjame —masculló él, un poco hartó—. Que me dejes —insistió—. ¿Tú sabes lo que pesas?

—¿Cómo te atreves? —respondió Kuniko apretando sus muslos alrededor del fino cuello de Tetsuya.

Este intentó pedir perdón, pero su garganta no logró emitir ningún sonido.

Kuniko gruñó y se apartó con brusquedad de encima de su compañero. Últimamente, su vida sexual no era sino un sinfín de decepciones. «Y eso que es más joven que yo —pensó—. Menudo inútil.»

De vuelta al comedor, vio que Tetsuya empezaba a incorporarse.

—¡Vas a llegar tarde! —le gritó al tiempo que encendía un cigarrillo.

Tetsuya apareció en el comedor vestido con una camiseta y unos calzoncillos chillones. Mientras se frotaba el cuello, cogió un cigarrillo mentolado de la mesa.

—Son míos —le avisó Kuniko—. Ni se te ocurra tocarlos.

—Solo uno. Se me han acabado.

—Pues son veinte yenes —dijo Kuniko tendiendo la mano.

Tetsuya suspiró, consciente de que Kuniko no bromeaba.

Siguió mirando la tele, sin ni siquiera girarse.

Un cuarto de hora más tarde, Tetsuya se fue al trabajo sin decir nada. Kuniko se acostó, acomodando su cuerpo en el pequeño hueco que él había dejado en la cama.

Se despertó poco antes de las dos.

Puso la tele y, mientras miraba un programa de coti-

lleo, encendió un cigarrillo, a la espera de que su cuerpo se despareciera. El *talk show* trataba de los mismos temas que el que había visto por la mañana, pero le resultaba indiferente.

Tenía hambre, así que salió a comprar algo sin ni tan siquiera lavarse la cara. Cerca de su bloque había un supermercado abierto las veinticuatro horas donde vendían la comida preparada de su fábrica.

Cogió un envase especial y leyó la etiqueta: «Miyoshi Foods, Fábrica de Higashi Yamato. Expedido: 7.00». Sin duda, había sido preparada en su planta. La noche anterior había desempeñado el trabajo más fácil —añadir el huevo revuelto—, si bien Nakayama le había llamado la atención por ser demasiado generoso. Era un imbécil. Le hubiera gustado estamparle el huevo en toda la cara. Aun así, había tenido un turno muy tranquilo. Solo con ponerse al lado de Yoshie y Masako, se había podido ocupar de las tareas más sencillas. Que era lo que tenía pensado hacer a partir de ese día, pensó mientras soltaba una risita.

Al volver al piso, acompañó la comida con la tele y un té Oolong. Al llevarse un trozo de filete a la boca, bañado de salsa marrón, pensó en Yayoi y en su tropiezo con el puchero. Estaba hecha polvo, pensó Kuniko chascando la lengua. Estaba tan despistada que había sido incapaz de ayudar en nada. De hecho, había sido un estorbo. Que su marido la pegara no era más que una excusa; lo que tenía que hacer era plantarle cara.

Después de terminarse el filete, Kuniko vertió salsa de soja sobre unas albóndigas chinas congeladas y, mientras se las comía con un poco de mostaza, siguió pensando en Yayoi. Le resultaba extraño que una mujer tan guapa hiciera el turno de noche de la fábrica. Si fuera ella, pensó Kuniko, buscaría empleo en algún pub. Mientras pagaran bien, a ella no le importaría desempeñar el trabajo de señorita de compañía. El único problema era que no tenía confianza ni en su aspecto ni en su estilo.